

AGENDA CIUDADANA

ADOLFO AGUILAR

Lorenzo Meyer

Caracterización.- Para algunos, la muerte es la esencia misma de la sin razón. Y aparece aún más injusta y absurda cuando quien desaparece, como señalara el poeta, aún tenía “millas que recorrer y promesas que cumplir.”

Al darse a conocer el domingo pasado la muerte de Adolfo Aguilar Zinser, ex vocero del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, ex coordinador de Seguridad Nacional, ex representante de México en la ONU, entre otros cargos, alguien me preguntó como se podría caracterizar al personaje, mi respuesta inmediata fue: como un político y un académico tan intenso como impaciente. Debí de haber añadido: independiente hasta lo impredecible y al quien nunca le faltó un agudo sentido del humor.

Adolfo siempre dio la impresión de tener prisa, mucha prisa, por llevar a la práctica las concepciones que se había formado sobre México como producto de su experiencia y actividad en los ambientes familiar, académico y político que había habitado y construido. Eran concepciones en torno a la justicia, la democracia, la independencia y las relaciones entre estados, la administración pública, la seguridad nacional, la protección al medio ambiente y, en general, la viabilidad de la sociedad. Concepciones que sostenía con inteligencia, vehemencia, independencia de intereses creados y con un sentido del humor que contenía siempre elementos de la lluvia ácida de la realidad y del que no escapaba él mismo. La impaciencia le llevó a buscar en cada caso el instrumento –teoría, partido, institución, grupo o líder— que consideraba más adecuado al momento específico. Por eso pasó de una inicial cercanía con el poder priísta, a la cercanía sin asimilación, con el PRD, el PVEM o el PAN. Buscaba siempre insertarse en la coyuntura para impulsar y conducir el

cambio o, más bien los cambios políticos, jurídicos, económicos o administrativos específicos, concretos, que aseguraran la viabilidad del país en el que vivía y había heredado de sus mayores. Quizá ese sentido de empresa heredada le venía de su entorno social y familiar. Adolfo, finalmente, hizo de su vida un buen ejemplo del sentido de responsabilidad que sólo algunos de los miembros de las elites tienen --“nobleza obliga”-- y también de algunas de sus contradicciones más notorias.

Personal.- Conocí a Adolfo Aguilar Zinser cuando él era estudiante de la quinta generación de licenciatura en relaciones internacionales de El Colegio de México (1972-1975). Y fue justamente en ese tiempo, cuando, por primera vez Adolfo me sorprendió por su prisa y su seguridad. En efecto, inmediatamente después de concluir su último semestre de cursos, y cuando el resto de sus compañeros apenas se encontraban decidiendo su tema de tesis, el joven Aguilar apareció no sólo como miembro del flamante Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTM) --la institución que acababa de crear el presidente Luis Echeverría para que le sirviera como espacio para seguir activo en la política internacional—, y no sólo eso, sino como posible rector del mismo. Al final y afortunadamente, Adolfo no quedó al frente del CEESTEM, pero el haberlo intentado a los 26 años, fue un indicador tanto de la prisa como de su confianza en si mismo.

Con el tiempo fui amigo cercano aunque no íntimo, de Adolfo. Seguí a la distancia su carrera, y a lo largo de la misma nos encontramos muchas veces, en varias compartimos posiciones --en el Grupo San Ángel y en el apoyo a Cárdenas, por ejemplo-- y siempre intercambiamos ideas, pues ideas era algo que nunca le faltaba. No en todos los casos coincidí con las posiciones de Adolfo pero, desde que se apartó del oficialismo, nunca me resultó difícil entender sus razones, incluso cuando se alejó del cardenismo y más tarde se incorporó al círculo interno de Vicente Fox para participar en el “asalto a Palacio”.

Ideas y Causas.- Nunca tuvo Adolfo Aguilar ideas parroquiales ni le faltó pasión para defenderlas. Desde muy joven se propuso conocer el mundo –su condición económica se lo permitió— y también desde el inicio se comprometió con causas y problemas sociales y políticos que se extendían más allá de las fronteras mexicanas. Conoció bien el entorno político, social y cultural, de otros países, en particular de nuestros dos vecinos: Estados Unidos y Centroamérica, donde se metió a fondo en el análisis de sus guerras civiles de los años ochenta del siglo pasado, y tomó como propia la causa de los refugiados centroamericanos, al punto que tuvo problemas serios con las autoridades mexicanas.

A la Oposición.- Cuando el CEESTEM quedó atrás, vinieron Harvard y el Carnegie Endowment for Peace y el interés de Adolfo por los derechos humanos. Y mientras muchos que en su juventud militaron en la izquierda pero acabaron en el PRI, nuestro personaje empezó a recorrer el camino opuesto: del establishment a la oposición de centro izquierda. Apareció en unas audiencias del Congreso de Estados Unidos para criticar, junto con Jorge Castañeda y Mariclaire Acosta, la forma y el contenido de la negociación del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) en el momento de gran prestigio de su promotor, el presidente Carlos Salinas, lo que le representó un costo y un riesgo grandes.

El PRD primero y el PVEM después, dieron a Adolfo la posibilidad de ingresar al Congreso, donde logró desempeñarse como legislador independiente y no como parte de un bloque, lo que le acarreó problemas con los partidos que le habían cobijado y con sus opositores. Y ahí se metió de lleno, entre otras cosas, en el examen y denuncia de las corrupciones mayúsculas de Conasupo. En esta empresa llegó hasta donde pudo, y se enfrentó abiertamente a Emilio Chuayffet cuando confrontar públicamente al secretario de Gobernación no era lo que es hoy, algo común, sino una actitud excepcional y no exenta de

riesgo. El involucrarse en la creación de los organismos de observación electoral fue otra de las maneras de apoyar el cambio del autoritarismo a la democracia en México.

Adolfo tomó distancia de Cárdenas cuando concluyó que parte del fracaso electoral de 1994 se debió a la negativa del ingeniero a desarrollar un tipo de campaña que explotara al máximo los recursos mediáticos a su disposición. Posiblemente entonces le falló un tanto la elegancia que siempre le caracterizó, pues no dejó discretamente a un Cárdenas derrotado, sino que publicó un libro donde exhibió los errores del líder.

Adolfo y Jorge Castañeda, al sumarse al proyecto opositor de Vicente Fox pero no al PAN, le dieron a tal proyecto una amplitud de horizontes difícil o imposible de lograr con ningún otro de los colaboradores del guanajuatense. La mancuerna Aguilar-Castañeda armó la idea del “voto útil” que en buena medida le dio a Fox el margen de ventaja que antes le había hecho falta a Cárdenas acabar con el monopolio priísta.

En el Poder.- Ya en el gobierno, el observador tiene elementos para suponer que Adolfo sostuvo la idea de usar el poder, y a fondo, para impedir la recuperación de un PRI desmoralizado por su histórica derrota. Investigar, denunciar y castigar a los corruptos, era uno de los caminos propuestos para afianzar a la nueva democracia y evitar la resurrección del Lázaro priísta. Todo indica que esta fue una de las primeras batallas perdidas por Adolfo desde el poder. La segunda y más evidente fue en su papel de encargado de la gran política de seguridad nacional (SN).

Lo que Adolfo pretendió en el 2001 fue hacer justamente lo que George W. Bush hizo en Estados Unidos a partir de septiembre de ese año: repensar y rehacer en la teoría y en la práctica, el concepto de SN. Eso implicaba, entre otras cosas, tener a un personaje con todo el apoyo presidencial y todos los recursos materiales, para que coordinara al conjunto de agencias y burocracias existentes, dentro de un gran proyecto de SN. Naturalmente,

secretarías como la de Defensa, Gobernación o Hacienda, se opusieron, justo como pasó en Estados Unidos con el Pentágono, FBI, CIA, etc. Sin embargo, en Estados Unidos el Ejecutivo dio todo su apoyo al encargado de la nueva política y en México no. La idea del concepto de SN que sostenía Adolfo Aguilar, implicaba un sistema de alertas donde entraban lo mismo temas tradicionales como la vigilancia de grupos subversivos o el narcotráfico, que epidemias, desastres naturales, tala clandestina, cuidado del agua, migración interna y externa o transferencias de cierto tipo de capitales. Tan ambicioso esquema nunca despegó, pues no contó con la voluntad presidencial para ello.

Su Mejor Momento.- Sin posibilidad de actuar, nuestro hombre de acción pidió ser enviado como representante de México ante la ONU en el momento en que Jorge Castañeda había logrado que el país ocupara un puesto como miembro no permanente del Consejo de Seguridad (CS). Dejemos de lado la conveniencia de meter a México, por “prestigio”, entre las patas de los caballos y señalemos que, una vez colocado en ese lugar, Adolfo Aguilar Zinser jugó sus cartas como el mejor y logró, por él mismo, escribir una de las mejores páginas de la diplomacia mexicana contemporánea.

En el 2003, Estados Unidos estaba ya decidido a invadir Irak como un paso importante en su empeño por rediseñar el Medio Oriente y como parte de una estrategia global para afianzar su papel como la única hiper potencia mundial. En esa coyuntura, una mayoría de los miembros permanentes del CS se negaron a darle “carta blanca” a Estados Unidos, pues no aceptaron que fuera claro que Irak tuviera, como alegaba Washington, armas de destrucción masiva y estuviera dispuesto a usarlas. Debía darse tiempo a los inspectores de la ONU para determinar si había causa justa para emplear la fuerza en la antigua Babilonia. Adolfo propuso, en función de una añeja política mexicana en contra de las intervenciones unilaterales, en particular de las grandes potencias, que México y Chile

se unieran al grupo mayoritario de los miembros permanentes del CS —Francia, Rusia y China—, y apoyaran y se apoyaran en el secretario general de la ONU para oponerse a la política intervencionista diseñada por Estados Unidos y Gran Bretaña (y España).

En México los grupos empresariales, siempre temerosos de irritar a Estados Unidos, presionaron para alinear a México con su poderoso vecino y socio dominante en el TLCAN. Adolfo, en cambio, construyó un discurso a la altura de las circunstancias y se enfrentó directamente al embajador norteamericano, el tristemente célebre John Dimitri Negroponte e indirectamente a Colin Powell, el secretario de Estado, y a la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice. Como embajador, Adolfo puso en la línea su renuncia: si se le obligaba a votar a favor de la posición norteamericana, ese voto lo daría el embajador alerno, pues él se negaría a hacerlo y, por tanto, presentaría su renuncia.

Al final, Estados Unidos no solicitó un nuevo aval de la ONU, Washington actuó unilateralmente e Irak fue invadido y su régimen destruido. Las supuestas armas de destrucción masiva nunca aparecieron y, ex post facto, la invasión se justificó como una lucha por la democracia. Este es el momento en que la paz y la estabilidad en Irak no se consiguen. Sin embargo, México mantuvo sus principios tradicionales de política internacional y Vicente Fox y su gobierno recibieron un gran respaldo de la opinión pública. Poco después, y para aplacar a Powell, Adolfo Aguilar fue forzado por Fox a dejar su puesto por haber declarado en una universidad lo obvio: que la clase política norteamericana le da a México el trato de “patio trasero”. Y no pasó mucho tiempo antes de que el responsable de la CIA confirmara, en el congreso de su país, exactamente lo afirmado por Aguilar.

Adolfo murió a los 55 años. Se fue justamente en su mejor momento, aunque aún tenía mucho por andar. Pasó a las páginas de la historia porque estuvo a la altura de las circunstancias en el momento en que se requería. No de muchos se puede decir lo mismo.

Nota.- La libertad de prensa nunca está conquistada en definitiva. En Oaxaca, el diario “Noticias” está bajo asedio por un gobierno de legitimidad muy dudosa. Vaya desde aquí, y para lo que sirva, la solidaridad de esta columna.